

con increíble é imponderable afecto, y por eso los santos Angeles habitaban al rededor de ellos ¹.

CAPÍTULO V.

Como el duque Luis, marido de santa Isabel, era agradable á Dios y á los hombres.

Erat vir ille simplex el rectus, ac
timens Deum, et recedens á malo.
(Job. 1, 1).

El esposo que la misericordia de Dios habia destinado á su piadosa sierva, y al cual ésta amaba con ternura tan profunda y reservada á la vez, era seguramente digno de ella y de su amor. Todos los historiadores de Turingia y de nuestra Santa hacen acor-

¹ Theod. I, 8. Bert. Mss. 44, *Passional*, 59. Algunos autores, y en especial los manuscritos de Heidelberg, refieren que no sin grande resistencia se resolvió por fin Isabel á casarse; que deseaba consagrar su virginidad al Señor, y que fue menester para reducirla el que muchos sábios sacerdotes la convenciesen de que no podia ella romper el compromiso contraido por su padre. Esta version la contradicen la mayor parte de los autores mas verídicos y mas cercanos á los sucesos. Hasta mas adelante no manifestó Isabel á su confesor ideas de esta naturaleza.

des de él un retrato el mas lisonjero y simpático: y, exceptuando á su glorioso homónimo san Luis de Francia, la historia de aquel siglo no presenta otro príncipe que en tan tiernos años haya reunido en grado tan alto las virtudes del soberano y del cristiano.

Saltaba á la vista de todos en lo exterior de su persona la pureza y nobleza del alma. Pregonaba la fama entre los contemporáneos su varonil hermosura: alaban todos los autores la perfecta proporcion de su estatura, la fresca de su tez, su rubia y luenga cabellera, la serena y benévola expresion de su semblante. Creian muchos ver en este Príncipe una pasmosa semejanza con el retrato que del Hijo de Dios, hecho hombre, habia conservado la tradicion. Nadie podia verle sin amarle; tal era el irresistible encanto de su sonrisa, la nobleza y dignidad de su continente, la extremada dulzura de su voz. Desde sus primeros años se distinguió por una pureza de alma y cuerpo tan cuidadosamente conservada que nunca sufrió la mancha mas ligera. Modesto y púdico como una niña, á cada paso teñia sus mejillas el carmin del pudor; en las palabras guardaba siempre

extremada reserva. El cuidado en conservar este precioso tesoro no se limitó á los primeros é inocentes años de la vida; como que no era el fruto de una juventud sustraída de ocasiones y peligros, ni efecto de emociones fugitivas y resoluciones sinceras pero destinadas á perderse en la primera borrasca de los sentidos, sino producto de una voluntad entera y arraigada que constituyó la regla de su vida entera, y una inflexible resistencia á las repetidas y mas peligrosas tentaciones. Dueño ya de sus acciones al entrar en la adolescencia; señor, á los diez y seis años, de uno de los principados mas ricos y poderosos de Alemania; rodeado de todo el prestigio y halagos del poder, del lujo y de la agitada vida de aquel tiempo; y, mas que todo, asediado de continuo por consejeros pérfidos, ambiciosos aduladores interesados en echar á pique su virtud, nunca la mas ligera sombra empañó la fidelidad prometida á Dios, á sí mismo, y á aquella á quien amaba en Dios. Y á propósito de esto, séanos permitido reproducir aquí dos rasgos que refieren menudamente los escritores contemporáneos, y muy propios, á la verdad, para edificar á las almas sencillas.

Al poco tiempo de la muerte de su padre, hallándose cierto dia en compañía de su madre, la duquesa Sofia, en el castillo de Ebersberg, quiso uno de los señores de la corte poner á prueba aquella tierna virtud. Fue el caso que habiendo tropezado este magnate en el pueblecito inmediato de Auerbach con una jóven de singular hermosura, trájola consigo al castillo y la introdujo en la cámara del Príncipe. Para esto tenia que atravesar por un corredor donde á la sazón se hallaba Isabel jugando con sus compañeras; la cual en cuanto vió que introducían á la forastera en el cuarto de su prometido rompió á llorar, y dijo á los que se acercaban á preguntarle la causa de su llanto: «Quieren apoderarse de la alma «preciosa de mi hermano para perderla.» En aquel momento se hallaba el Duque tendido sobre su lecho descansando del calor del dia; y cuando oyó llamar á la puerta del aposento, saltó de la cama, y descalzo como estaba fué él mismo á abrirla. Entró la jóven acompañada del caballero y tomaron ambos asiento; despues de lo cual dijo el Duque: «¿Qué venís á hacer aquí, jóven-cita? — Lo ignoro, señor, respondió

¹ *Damoiselle*, dice el original. El latin *domicel-*

«ella.» «Os la he traido yo conmigo, repuso el caballero, para que cumplais con ella «vuestro gusto.» Llamó al oír esto el prudente y piadoso Príncipe á uno de sus chambelanes, y mandóle que trajese tres marcos de plata pura, y traídos que fueron, alargólos á la jóven diciéndola: «Echaos el «velo, graciosa jovencita, y aceptad este «ligeró presente á guisa de bendición para «que volvais gozosa al seno de vuestra familia.» Y llamando despues aparte al indigno caballero, mandóle restituir aquella muchacha á sus padres cuidando de que no la sucediese ningun desafuero, porque «si le acontece la menor cosa, añadió el «Príncipe, te prometo que te haré colgar «de una horca.» Dice el cronista que, para evitar escándalo, callará el nombre del desatentado caballero. En cuanto á Isabel, viendo partir tan pronto á la forastera, enjugó el llanto y alegróse dando gracias á Dios.

lus y *domicella* derivado del francés se daba á los pajes y damas de honor de las casas grandes. Véase á Ducange y Seguzius. San Francisco en sus opúsculos dice que Jesús en la tierra tuvo por *domicella* á la pobreza.—¿Será tal vez este tambien el primitivo significado del castellano *damisela*? (Nota del Traductor).

Aconteció en otra ocasion que, mirando el Príncipe desde una ventana que daba á la plaza una danza, alguno de los señores que se hallaban á su lado llamóle la atención hácia una de las jóvenes bailarinas, notable por su gracia y hermosura, insinuándole que, si era gustoso en ello, corria de su cuenta el rendirla á sus deseos. Irritóse el Príncipe al oír la propuesta, y respondió encolerizado: «Callaos; y si otra «vez osais manchar mis oídos con ese lenguaje, os echaré de la corte. ¿Teneis atrevimiento para hacerme cómplice de un «crimen que debo juzgar y castigar todos «dos dias ¹?»

Tan extraordinaria y esforzada virtud únicamente podia tener por fundamento la fe mas activa y la práctica de todos los deberes impuestos por la Iglesia. Asistia Luis diariamente á los santos misterios con ejemplar devocion, y era defensor celosísimo de los derechos de la Iglesia y de los monasterios, pero sabiendo discretamente distinguir entre estos derechos y los intereses personales de algunos prelados extraviados, segun hemos visto en la guerra que sostu-

¹ Rothe fija la fecha de este lance en 1226. Los mas de los historiadores traen sucesos parecidos.

vo contra el Arzobispo de Mayenza. Mas cuando la brutal injusticia ó la desafortada codicia de sus vasallos seculares turbaban la vida apacible y caritativa de los ministros del Señor, montaba á caballo para amparar con su lanza la causa de Dios y del pobre pueblo ¹. La compañía en que demostraba hallarse mas á gusto era la de los religiosos; y el ordinario paradero de sus correrías en tiempo de paz la abadía de benedictinos de Reinhartsbrunn ², donde tenia designada su sepultura. Al llegar á este sitio, se encaminaba desde luego á la hospedería de pobres y peregrinos, departamento esencial en todo monasterio; y allí se esmeraba en consolar y esforzar con su presencia á los enfermos y débiles, dejándoles siempre por via de limosna alguna prenda de sus ricas vestiduras ó de otros objetos por el estilo. De vuelta al castillo, procuraba imitar en su método de vida algunas de las privaciones que observaba en la vida de los monjes: absteníase por espíritu de penitencia de manjares salados ó sazonados con especias; y contra la costumbre general de los príncipes alemanes de

¹ Véase el cap. XII.

² A seis leguas de Eisenach.

aquel tiempo, nunca bebia cerveza, ni probaba el vino sino en caso de hallarse indispuerto.

Esta sencilla é ingénuu fidelidad en el cumplimiento de los mas ásperos deberes de la vida cristiana, contribuía á dar mas realce á sus prendas de valiente caballero y de príncipe amable y prudente. Ninguno de sus contemporáneos le excedía en arrojo ni aun en vigor físico y destreza en los ejercicios del cuerpo; y dió muestras bien patentes de su ánimo esforzado en un lance de que hacen cuidadosa mencion los historiadores de la época. Fue el caso que el Emperador le habia regalado un leon, el cual se escapó un dia de su jaula y se fué derecho al Príncipe en ocasion que éste se hallaba, bien ajeno del caso, paseando por un patio del castillo, solo, sin armas ni defensa y á medio vestir. Esperó el Príncipe á la fiera á pié firme sin alterarse, y, confiando en Dios, alzó contra ella el puño y amenazóla con la voz. El leon se acurrucó á los piés del Príncipe meneando la cola; y entonces atraído por el ruido de esta escena un centinela que estaba en la muralla, y viendo el peligro de su señor, dió gritos pidiendo socorro. Acudió gente y su-

jetó al leon que no hizo resistencia; y muchos vieron en este ascendiente sobre las bestias feroces una inequívoca prueba del favor del cielo debido á la piedad del Príncipe y á la santidad de la jóven Isabel ¹.

En el curso de esta narracion verémos otras pruebas de este valor que iba unido en grado eminente á aquella noble cortesanía que san Francisco de Asis, noble contemporáneo de Luis, llama *la hermana de la caridad*. Respetuoso y lleno de pudor para con las mujeres todas; benévolo y constantemente afable para con todo el mundo, y en especial para con sus inferiores, se complacia en agradar á las gentes, revisitiéndose de una dulce y franca alegría y de amable familiaridad en todas sus relaciones íntimas y domésticas. Alabábanle por lo generoso sus escuderos y caballeros; y los condes y señores que visitaban su corte eran en ella recibidos y tratados con los miramientos y honores debidos á su clase.

Hacian compañía á estas virtudes del caballero todas las que son propias del soberano cristiano. La única pasion dominante en él, al decir de todos los historiadores, era la de la justicia, pues la amaba con de-

¹ Rothe refiere este suceso al año 1227.

cision y energía, y encontraba en esta afición la necesaria severidad para castigar á cuantos quebrantaban las leyes. Los señores que oprimian á los vasallos, ó se mostraban altaneros con el pobre, y todos cuantos se entregaban á acciones violentas y atropellos, ó le dirigian delaciones falsas ó calumniosas, eran alejados de la corte é irremisiblemente privados de sus cargos y empleos; condenados á llevar durante algun tiempo una señal pública de ignominia ¹ los blasfemos y los que se permitian en su presencia palabras y propósitos obscenos é indecentes. Inflexible para con aquellos que infringian la ley de Dios, era suave, indulgente y blando cuando solo se trataba de faltas contra su persona; y en las que cometian en el cumplimiento de su obligacion algunas personas de su servidumbre, deciales por toda reprehension: «Queridos hijos, no volvais á hacer esto, «porque afligís mi corazon.» Una prudencia consumada presidia á todas sus deliberaciones; y en las expediciones militares y actos políticos descubria una habilidad y

¹ Segun algunos autores consistia esta señal en la figura de un asno hecha de madera, como se usa de castigo en algunas escuelas.

previsión que no parecían propias de edad tan tierna y carácter tan sencillo. Ocupábase con celo y constancia en los negocios del gobierno de sus Estados. Veraz á toda prueba, una simple palabra suya tenia la fuerza de un juramento, y con ella podía contarse como con la firmeza de una roca. Lleno de misericordia y generosidad para con los pobres, todas las clases del pueblo experimentaban los efectos de su extrema solicitud; así como era proverbial la severidad con que trataba á los condes y mas principales señores del país acusados de pillaje y opresion, ni mas ni menos que si fueran de la clase mas ínfima de la plebe: quienquiera que fuese el ofensor, seguro estaba el ofendido de obtener reparacion y justicia. Mas de una vez le veremos salir á campaña para castigar agravios inferidos á humildes vasallos suyos. Con un príncipe de tales prendas no podia menos de desarrollarse y crecer la prosperidad moral y material de la Turingia; y por eso las crónicas del país celebran con entusiasmo la dicha de que gozó durante este reinado demasiado fugaz y breve, y los abundantes frutos que produjo el ejemplo de las virtudes del Soberano. Imitando los nobles á la

cabeza del reino, ya no se oyeron las tropelías y hábitos belicosos á que en pasados tiempos se habian entregado algunos magnates: sumiso y tranquilo el pueblo, reinaban por doquiera la union, la seguridad y la paz. Dentro y fuera del reino solamente sonaba una voz comun y general para ensalzar y envidiar la dicha que la Turingia debia á las virtudes del duque Luis.

En fin, toda su vida y carácter pueden resumirse en la noble divisa que habia adoptado desde la niñez: *Piedad, castidad, justicia*. Mas que ninguno, ha justificado este Príncipe la gloriosa creencia de los siglos católicos que reconocia una analogía fundamental entre la caballería y el sacerdocio; puesto que siempre miró á los verdaderos caballeros como sacerdotes armados de la justicia y de la fe, mientras veia en los sacerdotes á los caballeros de la palabra y la oracion.

CAPÍTULO VI.

*Como el duque Luis y la amada santa Isabel
vivian juntos delante de Dios en el santo
sacramento del Matrimonio.*

Pars bona, mulier bona, in parte
timentium Deum dabitur viro pro
factis bonis.

(*Eccli.* xxvi, 3).

Vulnerasti cor meum, soror mea,
sponsa.

(*Cant.* iv, 9).

Para un príncipe que tan acabado modelo ofrecia del caballero cristiano, no podia haber en la tierra mas dulce y hermosa recompensa que el amor de una Santa. Hemos visto como nuestra Isabel no habia conservado con la vida del mundo otro lazo que este amor asociado por ella á tan religiosos pensamientos. Luis por su parte nunca desmintió la tierna fidelidad de sus primeros años.

Por lo demás ella poseia todo cuanto puede interesar y cautivar á un corazon jóven. Si á los ojos de Dios aparecia hermoseada por la piedad y la humildad, adornábanla á los de los hombres todos los

atractivos corporales. Los historiadores que nos han conservado su retrato, la representan dotada de una hermosura regular y perfecta, no dejando nada que desear en el conjunto de su persona: la tez morena y pura, negros cabellos; talle elegante y de gracia sin igual, lleno de majestad y nobleza; ojos expresivos, radiantes de ternura, caridad y misericordia, formaban un todo de terrenal hermosura, brillante reflejo de la inmortal belleza de su alma ¹. Mas estos dos tiernos esposos habian fundado la inalterable union de sus corazones, no sobre los efimeros sentimientos de una admiracion y un atractivo puramente humanos, sino sobre una fe comun y la severa observancia de todas las virtudes que esta fe enseña, y de todos los deberes que prescribe. Ni la extremada juventud, ni la vivacidad

¹ Mas aun que la fortuna, habia sido la naturaleza liberal con ella. Tenia el talle mas rico y mas hermoso de la tierra; y en su continente habia un no sé qué de noble, de majestuoso y grande, que no se la podia mirar sin admirarla. No existia en el mundo persona mas hermosa... (Vid. P. Archange, pág. 82, segun Jac. Montan. Spirens. cap. 5).—El conde Mailath en la *Hist. Taschenbuc*, de 1822, repite casi las mismas expresiones copiadas de una crónica anónima.